

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

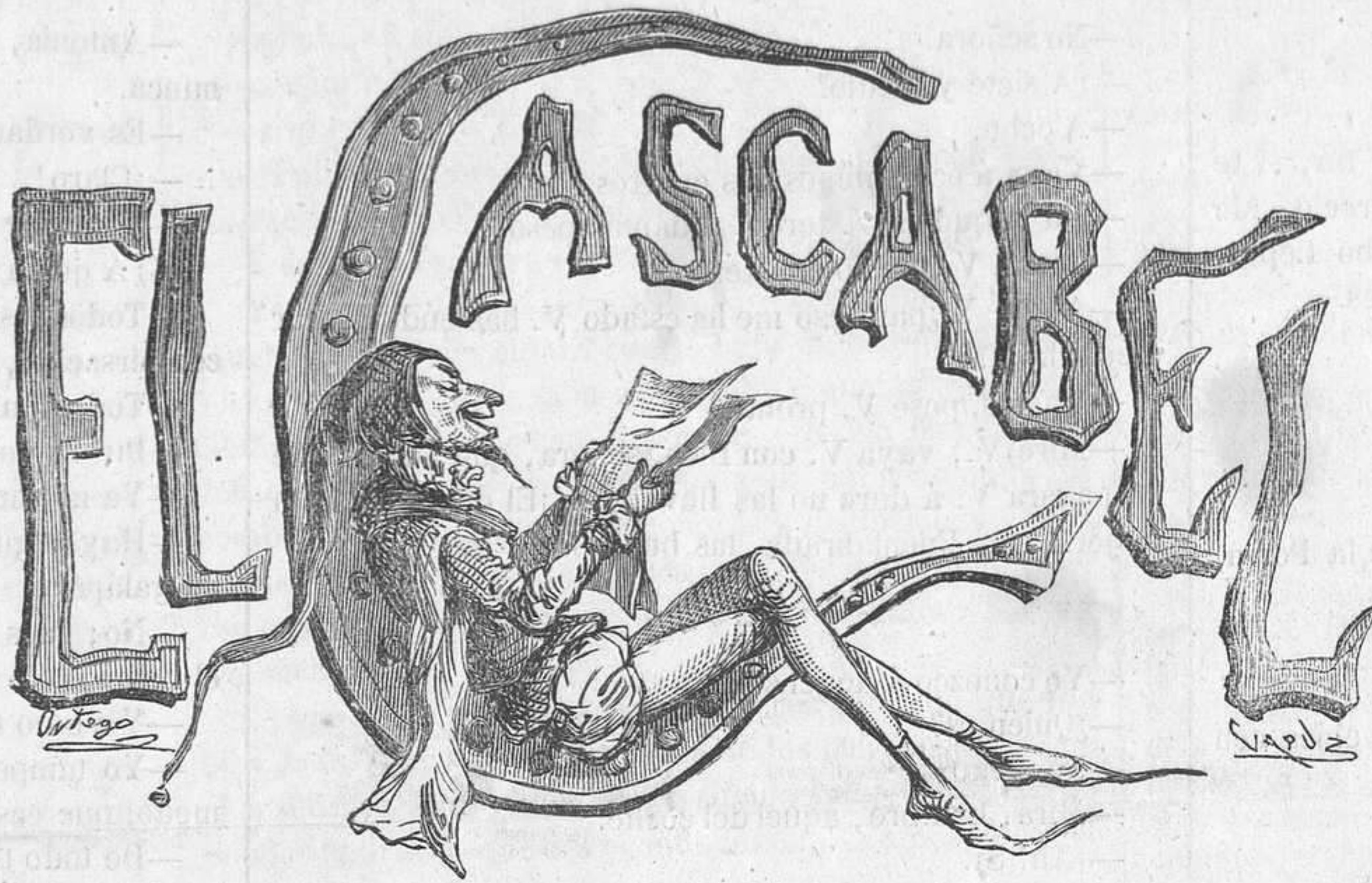
PROVINCIAS

Tres meses.. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

EN SAN ISIDRO.

—Manuela, te he dicho que no quiero que mires.
—Vaya, hombre, me sacaré los ojos.
—No es eso; pero se me ha puesto entre ceja y ceja que hoy tengo que ir al Saladero, como todos los años en tal día como hoy.
—Pues si te has empeñado irás, porque hombre más tereco que tú no lo he visto en mi vida.
—Ese silbante nos viene siguiendo desde hace media hora...
—Como que hay tanta gente que el pobre no puede pasar.
—Es que se me figura que te ha dicho algo.
—¿Qué me ha de decir?
—Pues como yo le viera, me parece que á él y á ti os corto la cara.
—Huyamos, chico.
—¿Qué te pasa?
—Allí vienen doña Gertrudis y sus dos hijas.
—Tanto mejor. ¿No le haces tú el oso á la pequeña?
—Sí.
—Pues nos acercamos y mientras yo entretengo á la

madre y á la hermanita, tú puedes despacharte á tu gusto.
—Pero entonces tendremos que comprarlas rosquillas.
—Es verdad.
—Y tal vez acompañarlas á la vuelta y pagar el ómnibus.
—Pues lo que es yo no tengo un cuarto.
—Yo tengo una moneda de dos pesetas, y temo que sea falsa...
—Aunque fuera buena no bastaba.
—Ya ves...
—Dices bien... corramos.
—Mira, Juan...
—¿Qué quieres?
—Antoñito llora.
—Pues que se calle.
—Dice que quiere rosquillas.
—Ya le he comprado torrados.
—No le gustan.
—Tampoco á mí me gusta estar cesante y no puedo lograr que me empleen.
—¡Jesus! tienes un génio...
—Déjame en paz.

—Papá... papá...
—Estoy sordo.
—Papá...
—¿Qué quieres, condenado?
—Rosquillas...
—Voy á comprártelas siquiera porque calles...
—Y merengues...
—Y demonios que carguen contigo.
—Oye, Juan.
—¿Qué?
—No te se olvide comprar un botijo.
—Y ¿quién lo va á llevar hasta casa?
—Tú.
—Pues me voy á divertir esta tarde.
—Papá.
—¿Que?
—Tambien quiero un pito.
—Yo acabaré por tirarme al rio.
—Oye, Rosa.
—¿Qué quieres?
—Préstame medio duro que quiero convidarte.
—Toma.
—Pues vamos á comer lo que quieras.

—¿Y entonces, para qué me lo vienes á decir?
—Para que veas que no me descuido.
—Chaudoreille haz el favor de estarte quieto. No necesito á nadie para reconocer á esa jóven; estoy seguro de que no me engañaré. Pero si no viene, te tiro al rio para que hagas compañía á los peces, y así aprenderás á ejecutar mejor mis encargos.
Chaudoreille no oyó las últimas palabras del barbero, porque se habia alejado un poco; pero al cabo de un instante volvió precipitadamente con el rostro un tanto descompuesto.
—¿Qué ocurre? dijo Touquet.
—La ronda que va á pasar por aquí.
—¿Y bien! ¿qué nos importa la ronda? ¿está prohibido el pasearse por este sitio?... Además aunque nos vieran robar á esa jóven, yo te aseguro que no nos dirían ni una palabra.
—Es que tenemos el aire algo sospechoso...
—Vamos, cállate y no digas tonterias...
—Sin embargo, voy á dar á mi rostro cierta expresion de alegría, para alejar cualquier sospecha.
—Pues toma para que te rias de mejor gana.
Y al decir estas palabras, dió el barbero á Chaudoreille un puntapié, el cual lo recibió cantando, contentándose tan sólo con llevarse la mano á la parte dolorida, no sin cierto disimulo, pues pasaba en aquel momento la ronda por delante de ellos. Cuando se alejó la patrulla, respiró nuestro caballero con más libertad, y exclamó con satisfaccion:
—Nos habrán tomado por enamorados trovadores.
—¡Más bien te habrán tomado por un loco!... ¡No hay cosa peor que los hombres necios!... ¡no sirven más que de estorbo!...
—No me incomodo por eso que acabas de decir, porque no tiene nada que ver conmigo... Pero me parece que en las grandes ocasiones la prudencia vale tanto como el valor.
El barbero empezaba ya á impacientarse, cuando una jóven pasó por el puente; caminaba bastante de prisa, y de cuando en cuando miraba á su alrededor.
Chaudoreille no la vió por encontrarse en emboscada al otro extremo del puente.
Touquet se aproximó á la desconocida, y reconoció á la jóven que le habia

—Me parece que mientras más pronto se abra esa puerta, más pronto te tranquilizarás.
—¿Teneis vuestro talisman?...
—Sin duda alguna. ¿No lo has cosido tú misma dentro de mi corsé?...
—Es verdad...
—Pero no veo la puerta de que me has hablado...
—Está cubierta con las cortinas...
—¡Es verdad! ¡ya la veo!...
—Esperad un momento, voy á echar agua bendita delante de la puerta...
—Pero no está la llave puesta; ¿cómo vamos á abrir?...
—Veremos á ver. Aquí tengo varias que he encontrado, y quizás podamos abrir con alguna de ellas...
Y Margarita avanzó temblando hasta el fondo de la alcoba. En seguida sacó de su bolsillo unas cuantas llaves de diferentes tamaños, y empezó á probar una, pero su mano temblaba de tal manera que no encontraba la cerradura. Entonces cogió Blanca las llaves, é intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió; despues ensayó otra y tampoco obtuvo resultado, pero á la tercera la jóven lanzó un grito de triunfo al ver que la llave daba vuelta, al mismo tiempo que Margarita exclamaba haciendo la señal de la cruz.
—¡Ah! ¡Dios mio!... ¡la puerta se va á abrir!
En efecto, la puerta cedió á los esfuerzos de Blanca; sus goznes rechinaron, y la puerta se abrió por fin ante los asustados ojos de la vieja criada; un gabinete cuadrado se ofreció á las curiosas miradas de Blanca y Margarita; sin embargo, como la habitacion no recibia la luz más que por la pequeña puerta que se acababa de abrir, y ésta se encontraba en el fondo de una oscura alcoba, se puede comprender muy fácilmente que apenas llegaria la luz del día á aquel gabinete.
Blanca se detuvo á la entrada de la misteriosa habitacion, y Margarita retrocedió tres pasos exclamando:
—¡Ay!... señorita... ya veis cómo tenia razon cuando pensaba que esa puerta debia conducir á alguna parte... ¡Oh!... ¡qué oscuro está!...
—Entremos...
—Esperaos un momento, no es prudente entrar sin luz... voy á encender mi lámpara.
—Pero si no hay nadie...

—Corriente, pero con una condicion.
 —¿Cuál?
 —Que yo pagaré.
 —Mira, chica, eso es afrentarme... pero en fin, si te empeñas, no quiero que digas que te desprecio. Me guardaré el medio duro para convidar al cabo Lopez, porque siempre conviene estar bien con los jefes.

—Mira que hueca va la Juliana.
 —Como ahora han empleado á su novio...
 —¿Qué le han hecho?
 —No lo sé... él creo que es de la Partida de la Porra, y tiene mucha mano con lo principalito.
 —Ahora podrá casarse.
 —Bien lo está deseando.
 —Ya ya... Dios mio... Nunca he visto una chica con más gana de novio.
 —Y lo que es él bien poco vale.
 —Si parece el espíritu de la golosina.
 —Pero ella por decir que tiene un marido.
 —Es lo más vanidosa.
 —Y lo más tonta.
 —Mucho. Aunque sea amiga mia, no dejo de conocerlo.
 —Ni yo, porque la amistad no me ha de cegar hasta ese punto.

—De Fuenlabrada, las buenas... ¡Eh! ¡señora!
 —¿Son de la tia Javiera?
 —Legítimas, que yo las hice la semana pasada.
 —¿Entonces V. será la tia Javiera?
 —No señora, que me llamo Mariana.
 —Pues no son de la tia Javiera...
 —¿Cómo, que no son de la tia Javiera?... Vaya, ¿que me hace gracia. Si sabré que son, cuando le digo á V. que las he hecho yo misma.
 —¿Se pueden probar?
 —Pagándolas.
 —¿A cuánto?
 —A ocho reales.
 —¿Qué atrocidad!
 —Pues no las encontrará V. más baratas.
 —Ya rebajará V. algo.
 —Ni un céntimo.
 —¿Quiere V. á siete?

—No señora.
 —¿A siete y medio?
 —A ocho.
 —Vaya á ocho menos dos cuartos.
 —Vaya que es V. terca. ¿Cuántas peso?
 —Ponga V. medio cuarteron.
 —Anda. Y ¿para eso me ha estado V. haciendo hablar media hora?
 —Vamos, pese V. pronto.
 —Mire V., vaya V. con Dios, señora, que aunque me las pagara V. á duro no las llevaba... ¡El demonio de la mujer!... De Fuenlabrada, las buenas.

—Yo conozco á aquel señor.
 —¿Quién es?
 —No caigo.
 —Mira, hombre, aquel del coche.
 —¡Ah! Sí.
 —¿Le ves?
 —Pues es claro. Y yo tambien le conozco.
 —¿De veras?
 —Como que es Rufino.
 —Es verdad.
 —Anda y va en coche propio.
 —Como es de la situacion y habla en la Tertulia progresista....
 —¿Quién se lo habia de decir cuando tenia la tienda en la plazuela de la Cebada!
 —Míralo, y lleva guantes y reloj.
 —¿Lo habrán hecho ministro?
 —No lo sé, pero él ha pescado algo gordo.
 —Pues mira que no será por el talento que tiene.
 —¡Cá! Si es lo más arrimado á la cola...
 —Pero como ha padecido por la libertad.
 —Y estuvo escapado en Francia para que no lo esca-becharan cuando lo del 22 de Junio.
 —¿Qué suerte ha tenido!
 —La primera vez que *haiga* jarana voy á sublevarme á ver si salgo de vender pescado.
 —Y yo.
 —¿Quién sabe?
 —¡De menos nos hizo Dios!
 —Es claro.

—Antonia, si hoy no sacamos novio, no lo sacamos nunca.
 —Es verdad; hay tantos forasteros...
 —¡Claro!
 —Y lo que es los de Madrid ya no caen en el garlito.
 —¿A quién se lo cuentas?
 —Todos los dias encuentra una quien tenga ganas de conversacion, pero en llegando á hablar de casamiento...
 —Todos huyen como alma que lleva el diablo.
 —Pues á ver si pescamos un provinciano.
 —Ya no son tan inocentes como ántes.
 —Hay algunos palurdos que tienen más conchas que un galápago.
 —No; pues lo que es á nosotras ya se nos va pasando el tiempo.
 —Y yo no me quedo para vestir imágenes.
 —Yo tampoco quisiera, pero están los hombres de un modo, que casi lo temo.
 —De todo tiene la culpa el gobierno.
 —Es claro; debian obligar á casarse á todos los mozos como les obligan á ser soldados.
 —Y el que á los veinticinco años estuviera soltero, á presidio con él.
 —Voy á decir á las compañeras de mi obrador que hagamos una manifestacion pidiendo que hagan pronto esa ley.
 —No faltará concurrencia.
 —Pues yo lo creo... Hija, vámonos, que está S. Isidro lo más aburrido... Estos hombres ya no hacen caso de una.

CARTA DE UN MAESTRO DE ESCUELA

QUE HA VENIDO Á SAN ISIDRO EN TREN DE RECREO, Á SU MUJER, QUE NO HA PODIDO ACOMPAÑARLE POR ESTAR EMBARAZADA DE OCHO MESES Y PICO, PERO PRINCIPALMENTE POR ESTAR SU MARIDO CASI MÁS EMBARAZADO QUE ELLA.

Mi querida esposa Gregoria: Llegué sin novedad á Madrid, aunque muy molido, como te puedes figurar, porque vino el tren con tres horas de retraso, que parecia que no íbamos á llegar nunca. Pero llegué al fin, y en seguida que puse el pié en la estacion me rodeó una turba multa de mozos, ofreciéndoseme á llevarme al *hotel de Paris*, á la fonda de los Príncipes, de los Embajadores y qué sé yo qué más. Todos me gritaban, me aturdián; uno me tiraba de un brazo, otro me queria quitar el saco de

—Eso es lo que yo no sé... tomad... tomad la lámpara y pasad delante, vos llevais un talisman y no os puede suceder nada.
 Blanca entró pues la primera con más curiosidad que temor, mientras que la vieja apenas se decidia á seguirla. La habitacion tendria unos seis piés cuadrados, y no encerraba más que dos grandes cofres vacios, á los cuales el tiempo se habia encargado de cubrir de polvo y de telas de araña.
 —¿En dónde están los hechiceros? mi buena Margarita, dijo Blanca sonriendo. Lo que es aquí no veo nada sobrenatural...
 —En efecto, dijo la vieja criada mirando á su alrededor, lo que es aquí no hay más que las cuatro paredes y esos cofres vacios... ¡Estoy segura de que hace más de medio siglo que no los han movido de ahí!... Sin embargo, lo que es yo no volveré más aquí... Tiene un no sé qué que me desagrad... Venid, hija mia, salgamos de esta habitacion. Voy á cerrarla, y no la vuelvo á abrir más mientras duerma en esta fea cámara.
 Y al decir estas palabras, Margarita salió del gabinete, seguida de Blanca y cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, al mismo tiempo que murmuraba entre dientes:
 —¡Si algun hechicero se empeñara en abrirla, no creo que la cerradura resistiera mucho!... Por lo que pueda suceder, colocaré todas las noches la pala y las tenazas en cruz delante de la puerta.
 Despues de esto, Blanca volvió á su habitacion, y Margarita se puso á trabajar.
 Aquel dia adelantó el barbero la hora de su comida, y salió en seguida de su casa, no sin decir á Margarita al tiempo de salir:
 —Tened mucha vigilancia... Que ningun hombre pueda llegar hasta Blanca sin mi permiso, y decidme cuando vuelva si alguien ha venido á cantar delante de sus ventanas.
 La vieja le prometió cumplir lo que se le ordenaba, y Touquet se embozó en su capa, y salió para ejecutar los planes del marques. Acostumbrado á estas intrigas, sabia ya en dónde podia procurarse todo lo que le hacia falta, y á las ocho menos cuarto se encontraba en el puente de la Tournelle, mientras que á unos cien pasos esperaban sus órdenes dos hombres, junto á una especie de coche de viaje.
 Hacía ya mucho tiempo que Chaudoreille se paseaba por el puente; pues temiendo no estar á las ocho en punto, que era la hora de la cita, habia ido á las seis. Nuestro caballero ocultaba el rostro bajo el embozo de su capa,

y miraba á todas partes con recelo, tratando de darse un cierto aire de conspirador. Su mano izquierda se apoyaba sobre la empuñadura de Orlanda, y con la otra sujetaba su capa, paseando tan pronto con lentitud como con precipitados pasos, y murmurando cada vez que pasaba alguno, de manera que pudiera ser oido:
 —¿Cómo tarda en venir!... ¿Qué habrá ocurrido? ¡Estoy con cuidado!... ¡Qué impaciencia!...
 En el momento que vió á Touquet, corrió hácia él, y despues de mirar á su alrededor, le dijo con tono misterioso:
 —¡Aquí estoy!...
 —¡Diablo!... ya te veo, dijo el barbero encogiéndose de hombros; pero mejor querria que estuviera la jóven.
 —No ha venido todavía...
 —Todavía no son las ocho... esperemos.
 —No tengas cuidado... voy á ponerme en emboscada, y á examinar los rostros de todas las que pasen.
 —Ten cuidado no te den alguna bofetada, pues se reuniria la gente, y eso no me conviene de ninguna manera.
 —¡Bofetadas!... ¡algun beso, habrás querido decir!... Pero no tengas cuidado, yo le daré á mi rostro una expresion que les infunda respeto.
 Y Chaudoreille se caló el sombrero hasta las cejas, y se alejó lo más de prisa que pudo.
 Al cabo de tres minutos volvió corriendo, y dijo al barbero:
 —Una mujer se dirige hácia aquí.
 —¿Y bien! ¿es la que esperamos?
 —No sé, no me he aproximado, porque viene del brazo de un hombre, y podia haberle asustado.
 —Si viene con un hombre, no debe ser la que esperamos: á una cita amorosa no se llevan testigos.
 —Es verdad, dijo Chaudoreille, y se alejó de nuevo.
 —Al cabo de un momento volvió hácia donde se hallaba Touquet, exclamando:
 —Otra mujer se dirige hácia aquí... ¡esta viene sola, estoy seguro de ello?
 —¿Es la jóven que esperamos?
 —No, no es ella.

noche, y no atendian las razones que les daba de no poder aceptar su oferta.... Vine al fin libre de ellos, cuando dije en alta voz:

—Señores, si no puedo ir á esas grandes casas de que ustedes me hablan; ¡si soy maestro de escuela!...

En el momento me vi solo; ¡mira tú si tenemos fama de bien acomodados los maestros de escuela!...

Figúrate, si con los tres duros que traía en el bolsillo, gracias á que me los prestó, con el importe del billete, el bueno del señor cura, que acaba de heredar de su tío esas tierrecillas, podía yo echar muchas plantas y hospedarme en esos hoteles de príncipes y embajadores. Fuime, pues, un rato á pié y otro andando á la calle del Aguila, donde vive tu hermana, y fui recibido en su casa bondadosamente, apresurándome á decir á su marido, que está cesante despues de 25 años de servicios, que no venía á serle gravoso, que les ayudaría con algunos reales los días que estuviere en Madrid, y que por mí no aumentasen gasto más que el de un panecillo y dos docenas de garbanzos y un cuarto de escarola, pues en dos años y medio de gloriosa tengo bien adquirida la costumbre de comer poquito y de tarde en tarde. Costóme trabajo reducirles á aceptar treinta reales que les ofrecía; pero al fin los tomaron; como que ellos están como nosotros, á la cuarta pregunta. Me lavé la cara, me sacudí el polvo y me eché á la calle para aprovechar el tiempo, y ver á tantos amigos antiguos y condiscípulos que hoy están en gran posicion, con objeto de interesarles en que influyeran para darme una colocacion en Madrid, y al ministro de Fomento para suplicarle de rodillas que haga de modo que se me paguen los dos años largos que se me deben.

El primero á quien fuí á ver ya te figurarás quién sería.... Manolillo, que ahora es qué sé yo cuántas cosas, y tiene excelencia y coche; te digo en verdad que tenía ganas de verle y darle un abrazo; como que mi padre y el suyo eran tan amigos, y nos hemos criado juntos, y mi padre le hizo tantos favores, entre otros aquella trampa para que no entrase en quinta, y darle dinero cuando se vino á Madrid y muchos más.... Pues ¿creerás que no me recibió?... Estaba en casa, y le pasó el recado un hombre que tiene allí con una cara más mala.... y contestó que no recordaba mi nombre, y que si tenía algo que decirle lo hiciera por escrito.

La indignacion me ahogaba; quise decirle á aquel hombre de mala cara no sé qué; pero él, con una desvergüenza, me cerró la puerta.

Salí á la calle y dirigíame á la casa de D. Antero, el que fué cirujano sangrador con obligacion de afeitar, en el pueblo, y que ya sabes cuántos ofrecimientos me hizo cuando la revolucion, que vino empleado á Madrid, y hace poco le han dado la gran cruz y le han sacado diputado. Llegué á su casa, una buena casa por cierto, y me le encontré en la escalera. Éste al ménos, no me desconoció y me dió la mano y me preguntó por ti, pero en cuanto le dije á qué venía se puso serio, y más cuando me quejé de la suerte que nos había proporcionado el gobierno liberal. El hombre me dijo gravemente que en este país no se podía vivir, que no se podía gobernar, que todo el mundo tiene exigencias absurdas, y que si todavía no ha dado sus frutos el sistema de gobierno que nos rige, ya los daría con el tiempo; en fin, que me echó un discurso que casi casi me convenció de que me quejo de vicio cuando pongo el grito en el cielo porque no me pagan hace dos años y pico, y porque me estoy muriendo de hambre. Y despues de este discurso, se despidió de mí, diciéndome que tenía que ir á un almuerzo á Fornos y no podía detenerse, y en cuanto á mis pretensiones de colocacion, me dijo francamente que no podía de ningun modo recomendarme, porque me consideraba reaccionario y poco entusiasta de los derechos individuales.

—Vamos á ver, me dije, á D. Robustiano. Ese es una persona formal, un hombre de gran talla, de mucho entendimiento, y que no habrá olvidado que mi padre fué tan amigo suyo, y le defendió y sirvió siempre leal y fielmente. Hija, S. E. no recibía; dije al criado mi nombre y mi condicion de maestro de escuela, y el buen doméstico, al oírlo, me dió tambien con la puerta en los hocicos. Considera, sin duda, que su amo sabe ya bastante, y para nada necesita maestro de escuela.

Bajaba yo al portal haciendo mil tristes reflexiones, cuando vi abrirse la portezuela de un magnífico coche, y bajar á un gran señor, que sin duda iba á casa del otro excelentísimo.

—¡Juanillo! exclamé, sin poderme contener, y corri á darle un abrazo; pero en seguida saltaron sobre mí dos hombres que había junto al coche y me sujetaron.

Él se detuvo, miróme de arriba abajo, y me preguntó:

—¿Qué iba V. á hacer?...

—¡Yo!... A darte un abrazo...

—¿A mí?...

—¿No eres Juan Talega?...

—¡Bah! Suéntenle Vds., dijo á los que me tenían cogido, ese hombre debe ser un loco.

Y subió la escalera arriba.

Ya te acuerdas de Juan Talega, el condiscípulo mío, aquel que vivía en el otro cuarto bajo de la calle de San Vicente, que siempre salía reprobado y que su padre estaba tan desesperado con él porque era tan torpe como desaplicado... Pues ese mismo es aquí un personaje, un hombre influyente, lleno de honores y distinciones, y columna de la situacion. Aquellos hombres que me sujetaron son de la policia, y me tomaron, sin duda, por un malhechor.

Asombrado quedé, más que del recibimiento que me hizo Juan Talega y de la alarma de los policiaicos, de que el susodicho Juan Talega haya subido tan alto. Tú no te puedes figurar lo que era cuando joven... Vamos, tenía el talento de un adoquin.

Volvíme á casa aburrido y desalentado, y conté á tu cuñado lo que me había pasado.

El pobre me puso en autos de todo, y me dijo que no me cansase en pretender ni en buscar amigos, ni en evocar recuerdos, ni en quejarme siquiera, porque todo sería inútil ante la indiferencia de la gente de la situacion, para todo lo que no es la politiquilla menuda, como dice EL CASCABEL. De administracion, de instruccion pública nadie se acuerda; los señores de la situacion no tienen más pensamiento ni otra preocupacion que sostenerse en el poder y sustraerse á las asechanzas de otros políticos de otros partidos que los quieren derribar; que en la provision de empleos no se atiende más que á los servicios políticos; que á los maestros de escuela se les entretiene con buenas palabras, pero que no hay dinero ni de donde venga, y en fin, que en todo se demuestra bien claramente la incapacidad y el desorden de la situacion.

Sin embargo de estas desconsoladoras noticias, fuí al ministerio á preguntar cuándo nos pagarían á los maestros. Dirigíme primero á un escribiente, que se echó á reír de mi inocencia, luego á un oficial, que me dijo que nada podía decirme; despues quise ver al ministro, pero se había ido de Madrid á pasar unos días en sus posesiones. Por último, le pregunté á un portero, y éste me dijo francamente que no nos debían pagar, porque habiendo libertad de enseñanza, debía aprender el que quisiera y pagar por su cuenta al maestro el que quisiera aprender.

—Yo soy muy liberal, añadió, y á mí ni me hacen falta curas, ni maestros de escuela, ni nada.

—Ya se le conoce á Vd. lo de liberal, le dije, y salí decidido á no ver á nadie más.

Pero no te aflijas, ya tenemos colocacion.

El domingo vi en el *Diario* el anuncio de una portería vacante; he ido á ver al dueño de la casa, y me la reservará por un mes, para que me decida á aceptarla ó no. Da una peseta diaria y habitacion debajo de la escalera. Poco es, hija, pero á lo ménos tendremos pan, casa, como San Alejo, y no sufriremos las barbaridades del alcalde de nuestro pueblo, que ya sabes lo liberal que es, y que á cada momento me amenaza con destituirme porque los chicos están torpes en aprender la Constitución, y con ponerme preso porque hago que los niños recen cuando entran en la escuela. En la portería esperaremos, esposa mía, que vengan tiempos en que un pobre maestro de escuela pueda comer con su honrosa profesion. Mañana salgo de Madrid, y á ver si das pronto á luz lo que sea, para que nos vengamos á tomar posesion de la portería.—Te abraza tu esposo, José Pantoja.

OPERA ESPAÑOLA.

Aunque tal vez á despecho de algunos pocos, se verificó en la noche del viernes 12 una gran solemnidad musical con motivo de la primera representacion de la ópera española titulada *D. Fernando el Emplazado*; y la numerosa y escogidísima concurrencia que ocupó todas las localidades del bonito teatro de la Alhambra, para asistir á aquel primer paso que ha de conducir á gloriosos días para el arte músico de nuestra patria, tuvo ocasion de persuadirse de la injusta ligereza con que se venía diciendo hasta ahora, que *aquí* no hay quien sea capaz de escribir óperas.

El Sr. Zubiaurre, que no como principiante sino con extraordinaria inspiracion y como maestro concienzudo y profundo se ha dado á conocer en su magnífica obra, es uno de los jóvenes autores destinados á echar por tierra aquella calumniosa opinion.

La elegancia de la mayor parte de las ideas de que la ópera está inundada, la brillantéz y el sentimiento de las piezas escritas para una, dos ó tres voces, la esplen-

didez de sus coros y la armoniosa magnitud de los concertantes, hacen tan apreciable el trabajo del Sr. Zubiaurre, que no vacilaremos en asegurar que hubieran puesto su firma al pié de él *con orgullo* los más afamados compositores.

El inteligente público así lo comprendió, aplaudiendo desde el precioso preludio que sirve de introduccion á la obra, hasta el acorde final, entusiasmándose en el admirable concertante del acto segundo, haciendo repetir dos soberbios coros, y llamando al autor á la escena frecuentes y repetidas veces para demostrarle su satisfaccion.

El Sr. Hunt y su esposa la señora doña Clara Nucros, que, con un amor al arte muy digno de imitacion, se prestaron gustosos á desempeñar los difíciles papeles de don Fernando IV y Estrella, cumplieron de tal modo con su cometido, que nadie al ver su maestria, pudiera sospechar que no fuese aquella su habitual constante profesion. La ópera española halló en ellos dos excelentes intérpretes, y el arte debe quedarles honda y eternamente agradecido. La concurrencia se lo hizo saber ya con sus palmadas.

Los coros, compuestos en su mayor parte de jóvenes y entusiastas estudiantes, estuvieron inmejorables, haciéndose acreedores al mayor elogio.

Los demas señores, aficionados y artistas, coadyuvaron al mejor éxito de la obra.

Monasterio, á quien todos reconocemos ya como una gloria nacional, sacando partido de la magistral instrumentacion de la obra, armonizó con su hábil direccion todo aquel difícil conjunto tan grandioso, que hacía resaltar la pequeñez del local en que se ejecutaba, reclamando más espacio, más ancho campo. Privilegio solamente concedido á las creaciones que, como la del señor Zubiaurre, son productos de un talento superior.

Se ha dado, pues, victoriosamente el primer paso para el establecimiento de la ópera española; pero á este paso ¿cuántos no han precedido dados por los señores que desde hace más de un año vienen buscando, preparando, aunando los mil elementos distintos que por fin ha visto reunidos el público! ¿Cuántos no han sido los disgustos experimentados al mirar cómo y de qué manera se les arrebataban los medios de ejecucion, cómo se les creaban obstáculos, y cómo se entorpecía su marcha!...

Esa es la parte que suele, generalmente, quedar desconocida é ignorada.

Y ya que haya de ser así, cúmplenos al ménos, al hacer esta brevisima reseña, enviar nuestro parabien á los señores que componen la comision del *Centro artístico y literario*, á su activo y entusiasta secretario general, señor Cárdenas, y al director artístico, Sr. Di-Franco.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

A nosotros nadie nos había preguntado si queríamos pronunciamos, y mucho ménos si teníamos ganas de batirnos.

Y ¿qué hubiera sucedido si alguno hubiese dicho que puesto que se proclamaba la libertad queria marcharse?

Ya se hubiera divertido el infeliz que tuviera semejante osadía.

Así, pues, yo no comprendía eso de que me llevaran á defender la libertad por fuerza.

Tal vez esto no sea más que tonterias hijas de mi ignorancia; pero es lo que yo estuve pensando toda la noche del 27.

Amaneció el 28, y á eso de las ocho de la mañana, cesó la lluvia, que casi no había dejado de caer desde que nos pronunciamos.

Los sargentos decían que aquel día sería la batalla.

Yo no queria creerlo, porque todo nuestro ejército permanecía en Córdoba, y no creía que quisieran que los 2.000 hombres que formabamos la vanguardia peleáramos solos con los quince ó veinte batallones que de Madrid venían.

Sin embargo, á eso de las diez de la mañana, cuando acabamos de comer el rancho, tuve un susto de primera calidad.

La avanzada que teníamos en el flanco izquierdo, dió la señal de alarma.

Las trompetas tocaron asamblea, el general Caballero de Rodas montó precipitadamente á caballo, y nosotros tomamos las armas y formamos en seguida, mientras los artilleros volvían hacia la izquierda las dos piezas que había en la cabeza del puente, preparándose para hacer fuego.

Un ayudante salió á escape con direccion á Córdoba, y nosotros nos quedamos alargando el pescuezo todo lo posible para ver lo que ocurría.

El enemigo se acercaba.

No era posible dudarlo porque veíamos sus bayonetas.

Cuando estuvo bastante cerca, el general Caballero se adelantó con un trompeta y le mandó tocar «alto».

Yo esperaba que contestara con una descarga; pero ¿cuál no sería mi sorpresa al ver que obedecía?

Nuestro general marchó al encuentro del que mandaba

aquella fuerza, y ambos jefes conferenciaron durante algunos minutos.

El resultado de la conversacion fué que unos y otros permanecieramos tranquilos hasta que llegara el general Serrano.

El combate, pues, comenzaba de un modo bastante pacífico. Yo quisiera que tambien hubiera concluido con buenas palabras.

Luego supe lo que habia sucedido.

Las fuerzas que se nos acercaron no eran más que una brigada que tenía el encargo de atacarnos por el flanco, mientras el grueso del ejército enemigo nos atacaba de frente.

Parece que se habia adelantado, y se encontró tan desagradablemente sorprendida al vernos á nosotros, como nosotros al verla á ella.

Pero dicen que nuestra situacion era mejor que la suya, y que hubieramos podido hacerla prisionera.

Por eso su jefe accedió á permanecer donde estaba sin moverse hasta la llegada del duque de la Torre, que debia decidir de su suerte.

Entre tanto unos y otros permanecimos descansando sobre las armas.

Llegó por fin el duque de la Torre y con él á la carrera todo el ejército.

Ya era tiempo, porque á mí no se me pegaba la camisa al cuerpo, y á cada momento temia ver aparecer más fuerzas enemigas, que hubieran podido derrotarnos y hacernos ir corriendo hasta Córdoba.

Nuestro general en jefe habló con el brigadier que mandaba los batallones que teniamos enfrente; segun oí contar le instó para que se uniese á nosotros, diciéndole que todos éramos unos, que era preciso salvar á la patria, y otra porcion de cosas que no debieron convencerle, porque el hombre insistió en que no podia faltar á su deber, y hasta creo que dijo que si se le hacia prisionero con las fuerzas que mandaba, lo cual ya en aquel momento nos hubiera sido sumamente fácil, se pegaria un pistoletazo. El general Serrano comprendió la triste situacion de aquel desgraciado jefe, y procediendo con una nobleza, que no le podrán negar ni sus mayores enemigos, le manifestó que podia retirarse, seguro de no ser molestado.

Las cosas bien hechas gustan á todo el mundo, así es que cuando nosotros nos enteramos de lo que habia ocurrido, aclamamos á nuestro general con gran entusiasmo. Yo puedo asegurar que nunca he dado vivas con mejor gana.

A eso de la una de la tarde, cuando ya nuestro ejército habia ocupado las posiciones que debia tener durante la batalla, divisamos al enemigo que avanzaba por la llanura que habia al otro lado del rio.

Casi al mismo tiempo la brigada que por la mañana habiamos tenido casi prisionera, y que se habia quedado á nuestra izquierda, avisó que su general en jefe la mandaba empezar el combate.

Extendieron sobre nuestro flanco las líneas de tiradores, acudieron los artilleros á sus piezas, corrieron los ayudantes en todas direcciones, vióse á los generales ocupar los puestos de más peligro, y á los pocos momentos se rompió el fuego de guerrillas.

El ataque de flanco no tenía mas objeto que llamar nuestra atencion hácia aquel lado, para que descuidásemos la defensa del puente, que era lo que llaman los militares la llave de la posicion.

Nuestros generales, como hombres acostumbrados á la guerra, no se dejaron engañar. Hicieron que se contestara al fuego de aquel costado, pero permanecieron aguardando el ataque de frente.

No se hizo éste esperar mucho.

La artillería enemiga rompió el fuego avanzando, y un regimiento de húsares se adelantó con ella para proteger su movimiento y amagar ó dar una carga, si era posible.

Nuestros cañones contestaron á los del general Pavia, y á los pocos minutos la batalla se habia empeñado en toda la línea.

No es mi objeto describirla ni contar más que lo que yo vi y lo que hice en ella.

(Se continuará.)

E. ZAMORA Y CABALLERO.

CASCABELES

El viérnes se abrió la Exposicion industrial que la Sociedad *El Fomento de las artes* ha acordado celebrar, justificando de este modo su título.

Aunque no pudimos examinar detenidamente los objetos reunidos en el antiguo salon de próceres, vimos que hay muchos dignos de llamar la atencion, y que la llamarán indudablemente.

Dos cosas echamos de ménos en dicha Exposicion. Hay allí muchos objetos de lujo, otros de un gran mérito artistico, pero faltan las manufacturas de uso comun. Bueno es que se presenten al público las obras maestras de los industriales, pero al lado de estas quisiéramos ver aquellos objetos de que mayor consumo se hace por su utilidad y baratura. Al mismo tiempo, nos parece que debian todos los expositores poner los precios de sus productos, pues uno de los elementos que entran en el juicio de las manufacturas es su coste. Así lo han comprendido algunos expositores, pero otros muchos han omitido esta circunstancia.

De todos modos felicitamos á *El Fomento de las artes* por su Exposicion.

Un periódico ministerial, hablando de un discurso de cierto senador carlista, dice gallardamente:

«...Dominado por una especie de hidrofobia nea, se escapó del seguro, por no decir que se pisó el ramal...»

Pues señor, me gusta á mí la cultura de ciertos periodiquitos que defienden á la situacion.

Bien que nada hay que extrañar despues de haber dicho otro de ellos, á propósito de una sesion de Cortes:

«El ganado flojo; la presidencia regular.»

Cita *El Tiempo* los nombres de algunos diputados que ejercen cargos incompatibles, y todavia omite alguno que por razon de su cargo profesional percibe sueldo de palacio y de las mismas Cortes.

¡Toma! y todavia le parecerá poco.

Si se suprimieran todos los destinos de 20.000 rs. arriba, ganaria mucho el pais, porque dejarian el oficio de la política muchísimos señores.

¿Saben Vds. cómo ganaria bastante la situacion?...

Pues es muy sencillo; bastaria que Figuerola le hiciera la oposicion, porque es indudable que lo que más daño le hace es que dicho señor la defienda.

El otro dia estuvo Figuerola delicioso en el Senado; baste decir que habló como acostumbra de la señora que fué nuestra reina. Hasta los ministeriales se escandalizaron.

¡Ah! tambien habló bien de sus actos como ministro de Hacienda.

Es el único en España que puede hablar bien de semejantes actos.

Hasta una ópera de Mercadante se ha convertido en zarzuela, y la van á cantar en Madrid.

Pues señor, el mejor dia hacen una zarzuelita de *Los Hugonotes*.

Hemos recibido un libro de D. Gonzalo Calvo Asensio titulado *Lisboa en 1870*. Es una obra curiosísima, y muy útil por las noticias literarias y artisticas que contiene acerca de la capital del vecino reino.

Véndese á 4 rs. en la imprenta de *La Iberia*.

Hemos tenido el gusto de leer un tomito de poesias religiosas que con el título de *Armonías Sagradas* acaba de publicar en Valencia el jóven y conocido poeta D. José F. Sanmartin y Aguirre.

Es un bello trabajo que contiene excelentes composiciones, en especial las tituladas *Melodías hebráicas*. Damos la enhorabuena al autor.

¿Saben Vds. lo que somos, segun un periódico ministerial, los que hacemos la oposicion al ministerio?...

Pues somos nada ménos que *detractores del bienestar de los pueblos*.

¡Qué ministerialismo y qué gramática!

Que le den la cruz de Saboya á ese periodista. La merece.

Estos dias ha habido su poquito de crisis, pero por ahora no tendremos el sentimiento de ver salir á ninguno de los ministros actuales.

Seguirán todos, con gran pena de aquellos de sus amigos que desean serlo.

Pero pronto habrá otra crisis.

Es preciso que ande la rueda y vayan siendo ministros todos los señoritos de la situacion. Los 191 lo quieren ser todos.

SOLUCION DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre los muchos adornos que tiene la situacion, el primero, con razon, es el restaurant de *Fornos*.

Un cocinero.

ANUNCIOS

DON QUIJOTE DE LA MANCHA POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



REPRODUCCION EXACTA de la primera edicion de dicha obra, HECHA EN 1605.

Tambien se suscribe en la Administracion de EL CASCABEL.

LOS NIÑOS REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO DIRIGIDA POR Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España. Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados. Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente. A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871. Administracion en Madrid, plaza de Matute, 2. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —6

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion. TOS

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Añño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (10)

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Castañilla 9 id. id. Carbon de encina 20 id. id., peso exacto. Tabona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

PRÉSTAMOS Y COMPRAS.

Sobre casas en Madrid y dehesas; hay dinero disponible; desde 2.000 á 50.000 duros; tambien se compran.—Abada, 15, 2.º izquierda.

AGUA NACARADA. ORTELLS.

Este agua hermosa, suaviza y devuelve al cutis su primitiva frescura, y hace desaparecer las pecas, granos y manchas sin perjudicar á la salud. Conociendo el invento el buen resultado y cualidades higiénicas del agua que ofrece al elegante público, omite todo elogio pomposo.

Precio de los frascos, 8 y 16 rs.

Unico depósito al por mayor y menor, peluquería de Ortells, Montera 21, principal, donde se reparten gratis los prospectos é instruccion para su uso. Nota. En los pedidos desde una docena en adelante se hará una rebaja del 12 por 100 de descuento.

MADRID.—1871 IMPRENTA DE EL CASCABEL, CALLE DEL CID, 4, (BARRIO DE RECOLETOS).